

ARTÍCULOS CLÍNICOS ORIGINALES

ANÁLISIS CLÍNICO DE LA EXPRESIÓN DE LA MATERNIDAD EN CUATRO MUJERES

María Catalina Ardila P.*

María Paula Márquez G.**

RESUMEN

Objetivo: *Analizar, a través del discurso de cuatro mujeres, la expresión de la maternidad y los cambios psíquicos que genera en la mujer-madre.*

Método: *Revisión y análisis detallado de cuatro entrevistas semiestructuradas, por medio de un diseño descriptivo exploratorio y un método de análisis de casos. Resultados:* *Reconstrucción de las historias partiendo de: contexto de la mujer, relaciones de pareja adolescentes, matrimonio, sexualidad, relación con la madre, relación con la pareja actual, embarazo, parto, lactancia y relación con el bebé. Conclusiones:* *La región de origen y las costumbres determinan en gran parte la vivencia de las relaciones y experiencias; además hubo una fuerte tendencia a negar acontecimientos de la vida anteriores al matrimonio y la maternidad, dificultad observada en la mayoría de las entrevistadas al referirse a su vida sexual, un cambio importante en la relación con la madre y una marcada negación de los aspectos desagradables de la lactancia.*

Palabras clave: *feminidad, sexualidad, maternidad.*

* Psicóloga de la Universidad Javeriana. Bogotá, Colombia.

**Psicóloga de la Universidad de la Sabana. Bogotá, Colombia.

TITLE: Analysis of the Clinical Expression of Maternity in Four Women.

ABSTRACT

Objective: *To analyze through the discourse of four women, the expression of maternity and the psychological changes that this experience creates in the women-mother. Method:* We conducted a detailed review and analysis of four interviews, through a descriptive exploratory design and method of case analysis. **Results:** *It was through the reconstruction of four stories, developed a discussion on the following elements as directed: the context of women, adolescence, couple relationships, marriage, and sexuality, relationships with mother, relationship with current partner, pregnancy, childbirth, breastfeeding and relationship with the baby. Conclusions:* As a general conclusion it was shown that the region of origin and customs in large part determine how each one of this women lives their relationships and experiences, there was also a strong tendency to deny those events of their life prior to marriage and motherhood, a challenge in most of them referring to their sex lives, a major change in the relationship with the mother, and finally finding repeated in the four discourses, a strong denial of the unpleasant aspects of lactation.

Key words: *Femininity, sexuality, motherhood.*

INTRODUCCIÓN

*Se desplazó mi centro de gravedad, ya no soy la prioridad.
Vas a vivir la vida por alguien más, con el egoísmo acabarás.*

Andrea Echeverry

Lo femenino es una instancia de particular interés para la práctica de la psicología clínica. Estudiar a la mujer, su feminidad y sus ciclos de desarrollo es de vital utilidad para entender cualquier problemática emocional, pues si bien no todos hemos vivido la experiencia de la maternidad, todos sí somos hijos de una madre.

Un ser humano viene determinado incluso antes de ser concebido; es así como la historia de cada persona se constituye a partir de la unión de múltiples factores, tales como el biológico, el psicológico y el social; con este último nos referimos a la importancia que el entorno, bien sea facilitador o entorpecedor, imprime en la experiencia subjetiva de cada vivencia de ser humano.

Teniendo en cuenta la revisión teórica realizada para la realización de esta investigación, encontramos que la bibliografía relacionada con el tema de la maternidad, específicamente sobre la experiencia intersubjetiva de la madre, es escasa e insuficiente, a pesar de su importancia: esta se encuentra mucho más centrada en la nueva vida, en los cuidados y la atención que la madre debe proporcionar al bebé, lo cual hace que a ella se le reste importancia, aspecto que trasciende de igual forma la literatura.

Por esto, consideramos fundamental profundizar en la experiencia de la maternidad a través de cuatro mujeres, quienes al transmitirnos sus vivencias acerca de la lactancia, el parto, el embarazo y la sexualidad, entre otros, nos han permitido, por un lado, generalizar algunos aspectos de la maternidad y el maternaje y, por otro, darnos cuenta de cómo la experiencia de cada una está, en gran medida, determinada por las identificaciones con sus objetos de la primera infancia y por los rasgos específicos de carácter.

MARCO TEÓRICO

El embarazo

*Hay un milagro, en mi barriga, nadando.
Y yo en un barco, mareada, esperando...*
Andrea Echeverry

El deseo del embarazo y la maternidad representan una expresión psicobiológica fundamental de la feminidad y se relacionan biológicamente con la maduración de los órganos reproductivos, y psicológicamente, con la identificación con la madre (Lester y Notman, 1988).

A partir de una investigación realizada por Lester y Notman. (1988), donde estudiaron algún material clínico en mujeres embarazadas, este autor y su equipo proponen que la experiencia psicológica del embarazo recapiti-

tula, por encima de todo, la relación más temprana de la mujer con su objeto materno, que durante ella se observan las tendencias regresivas de las mujeres y la reactivación del deseo de dependencia y fusión con el primer objeto, y que los miedos y conflictos que emergen en el embarazo recuerdan la separación.

Al quedar embarazada, la vida de la mujer se transforma de muchas maneras: no sólo su cuerpo cambia, sino también su mente: sus expectativas, sus temores y sus molestias son muy diferentes de los que tenía antes de estar embarazada. Sus intereses parecen limitarse, aunque en realidad sería más preciso decir que sólo la dirección de aquellos cambia: más que hacia el exterior, se dirigen hacia el interior.

Como lo anota Winnicott, D., citado por Rojas y Torres (2000), la madre llega progresivamente a sentir y a pensar —en mayor o menor grado, según su personalidad y lo favorable o desfavorable de sus circunstancias— que el centro del mundo se encuentra en su propio cuerpo.

Ese ser nuevo, creciendo dentro del cuerpo femenino, genera también un cierto miedo. Por ejemplo, se lo llega a imaginar defectuoso, incompleto, o incluso monstruoso. En función de la historia o personalidad de cada madre, dichas fantasías ocupan en su mente un mayor o menor espacio, pero están presentes casi siempre. Tales fantasías suelen provenir de la mezcla de sentimientos que la presencia del nuevo ser acarrea: se le quiere y espera, pero también se le teme y odia.

Durante el embarazo y el parto la mujer repite su relación primitiva con su propia madre; Deutsch (1947), citada por Langer (1964), interpreta este hecho como la consecuencia de una doble identificación: “la mujer encinta, se identifica con el feto, reviviendo así su propia vida intrauterina”.

El parto

*Tú circulaste por mí, biciste un camino
divino, abriste un túnel, destapaste mi destino...*

Mi cuerpo valiente parió a su pariente.

Andrea Echeverry

Dar a luz está considerado como una experiencia que puede ser peligrosa o dolorosa; interesante y satisfactoria, pero acompañada de ciertos

riesgos. Dar a luz es tanto un dolor intolerable como tolerable al mismo tiempo, tanto una situación que la mujer teme con toda su alma como una situación hacia la cual la mujer se acerca dispuesta y feliz, tanto un peligro que tiene que ser evitado como un cumplimiento deseado con fervor (Langer, 1964).

En todo este proceso es normal que en la madre aparezcan ciertas preguntas como: ¿nacerá completamente sano?, ¿tendrá alguna malformación?, ¿sabré realizar tareas básicas?, ¿sabré interpretar acertadamente sus necesidades?, ¿sabré ser una buena madre?

Deutsch (1947), citada por Langer (1964), afirma ver en el parto una oportunidad para la mujer de elaborar su propio trauma de nacimiento.

La lactancia

*Chúpate la tetica, tómatela todita, así durito
y con ritmo; sacia todos tus apetitos
conmigo, bebe... toma de mí lo que quieras.*

Andrea Echeverry

La lactancia materna constituye una de las más ricas experiencias para ambos participantes, en la relación que se establece entre la madre y su bebé. La madre que no está angustiada ni excesivamente presionada por las circunstancias externas se instala con su bebé y prepara un marco capaz de contener la mutua experiencia. El marco, en efecto, hace parte de toda relación humana. Generalmente, la madre que amamanta deja al bebé un cierto grado de libertad para que explore con sus manos y sienta la textura y temperatura de su piel.

Como lo señala Winnicott, el bebé sólo dispone “de una pequeña parcela del mundo para colocar en ella los objetos, parcela que puede alcanzar con la boca, las manos y los ojos”. La madre permite que el rostro del bebé toque su pecho, pecho que el bebé en un comienzo no sabe que pertenece a la madre, y desconoce, entonces, lo grato de su experiencia comienza en el pecho o en el rostro.

Se dice que no hay nada más poderoso en las relaciones humanas que el vínculo existente entre un bebé y su madre o el pecho de ella durante

la excitación de una primera experiencia alimentaria. La relación del bebé con la madre durante la orgía de la mamada es particularmente intensa, se trata de una relación compleja que incluye la excitación de la anticipación, la experiencia de actividad durante la mamada, el sentimiento de gratificación y el alivio de la tensión instintiva que trae aparejada la satisfacción (Winnicott, 1957).

En efecto, durante estos primeros momentos de la vida el bebé no logra distinguir aún entre sí mismo y el mundo. Entonces, no es, aún, un mundo que lo rodea, sino un mundo que es parte suya, que es él mismo. El bebe necesita la riqueza de esta experiencia: una situación relativamente tranquila, alguien que le sostenga de manera viva y amorosa, una cierta ausencia de angustia y de tensión excesivas.

Al ponerse en contacto con el pezón, la madre está presente en el marco de la experiencia, hace parte de él y disfruta serlo. Ambos comparten la sensualidad de la experiencia y el bebé comienza a alimentarse de la leche materna; es decir, de una parte y secreción del cuerpo de la madre (Rojas y Torres, 2000).

La lactancia, sea ésta amamantando o recurriendo al tetero, es una decisión de la madre; son numerosos los factores, no siempre conscientes, que participan en ella: los antecedentes de la madre (si fue o no alimentada por su madre, experiencias previas con la lactancia, fantasías alrededor de ésta), el padre del bebé (su propia experiencia, sus ideales, su tolerancia al sentimiento de exclusión, su relación con la feminidad), el entorno (amistades, presiones sociales, económicas o laborales) y el personal de la salud (consejos técnicos, posiciones moralistas...).

La mujer que alimenta a su hijo está reviviendo su propia lactancia. Si ésta fue feliz, se gozará en repetir la misma experiencia satisfactoria con su propio niño. Si fue muy conflictiva y angustiada, puede ocurrir que viejos recuerdos obstaculicen la lactancia y hasta la impidan, pero puede ocurrir también lo contrario: que la mujer logre sobreponerse a esos viejos problemas y halle en la lactancia un medio adecuado para superar frustraciones del pasado y olvidar resentimientos antiguos, al identificarse con su hijo satisfecho y con una madre ideal (Langer, 1964).

La feminidad

*Menos mal que apareciste, menos mal me convenciste,
menos mal sigues aquí... Menos mal que apostamos,
que semillita sembramos, que nos hacemos reír...
Menos mal nos conectamos, menos mal nos impregnamos,
menos mal nos penetramos.*
Andrea Echeverry

Langer (1964) describe cómo antiguamente la sociedad imponía a la mujer severas restricciones en el terreno sexual y social, pero favorecía el desarrollo de sus actividades y funciones maternas. En cambio, las circunstancias culturales y económicas actuales imponen graves restricciones a la maternidad.

En términos psicoanalíticos, el interrogante que se plantea Langer (1964) sería: ¿la mujer que trabaja sin necesidad económica lo hace por rivalidad con el hombre, por envidia del pene o por una auténtica vocación y sublimación de sus instintos maternos?

La mujer actual que se adapta totalmente a una sociedad antiinstintiva y antimaternal sufrirá las consecuencias siempre que no sepa integrar su logro profesional con su vida amorosa y de madre. Antes sabía que la finalidad de su vida era casarse y tener hijos; actualmente la maternidad ya no es tan deseada, el nacimiento de un hijo es sentido como un estorbo económico y social más que como una alegría. El ideal de la maternidad, a la cual toda mujer aspiraba, se ha sustituido actualmente por múltiples ideales, distintos en cada capa social, en cada ambiente, y, muy frecuentemente, en pugna con la maternidad (Langer, 1964).

Respecto a la feminidad, Bleichmar (1998) plantea que ésta se halla ampliamente determinada por el valor y el poder del desnudo, determinados, a su vez, por el cuerpo de la mujer como estímulo erótico para el hombre y como capacidad reproductiva. La niña, según afirma en sus conclusiones, ya tiene instituidas estas simbolizaciones desde la temprana infancia: ya ha sido reconocida como "linda nena" y ha jugado a la mamá.

La sexualidad femenina

*Desde que naciste, soy mejor amante,
como si hubieras destapado mis conductos.
Me han crecido los senos, el vientre y las caderas,
mi cuerpo expandido encontró su motivo.*

Andrea Echeverry

Según Freud, hasta la fase fálica no existe diferencia alguna en la evolución psicosexual de los niños. En *El final del complejo de Edipo* este autor expone la situación femenina en la forma siguiente: la niña pasa, como el varón, por la fase oral y anal, para entrar en la fase fálica; al principio goza por medio de la estimulación del clítoris, tiene centrados en esta zona todo su narcisismo y excitación sexual, y acompaña sus actividades masturbatorias con fantasías dirigidas hacia su padre, por lo cual entra en conflicto con su madre; siente una gran envidia por el pene de otros niños y quisiera tener un órgano igual, y se siente inferior por la forma rudimentaria de su clítoris.

Por otro lado, imagina haber tenido un pene y haberlo perdido como castigo por sus juegos sexuales; supone que el resto de mujeres, especialmente la madre, tienen pene, cree ya haber sufrido la castración. La niña queda ligada a su padre, pues espera recibir de él el pene anhelado, y poco a poco transforma este deseo en otro, que consiste en recibir como regalo del padre un niño. Con el tiempo se da cuenta de que el padre no puede satisfacer sus deseos, se desilusiona de él y se aleja poco a poco, y así queda libre el camino para otra elección de objeto (Langer, 1964).

Luego, en *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos*, Freud expone como principales consecuencias para la niña del descubrimiento de su falta de pene y de la inferioridad del clítoris la propensión femenina a sufrir sentimientos de inferioridad y a ser más inclinada a los celos del hombre. La niña, por culpar a su madre de su inferioridad genital, se aleja de ella (Langer, 1964).

Para terminar con el recorrido realizado por Langer, (1964), es en 1931, en *Sobre la sexualidad femenina*, y en *Nuevas aportaciones al psicoanálisis* (1933), donde Freud amplía sus conceptos, y dice que la fijación libidinosa de la niña a su padre sería ya la repetición de una situación anterior y de igual intensidad con la madre.

Afirma, además, que ella se comporta y se siente como un “varoncito” hasta ya entrada a la fase fálica; la niña desconoce su vagina en esa época, el comportamiento sexual es idéntico para los dos sexos durante los primeros años de vida. Por ello, la niña habrá de desligarse de su madre para dirigirse al padre y crear así el modelo infantil para su elección heterosexual posterior.

La niña debe sobrellevar tres cambios importantes en su estructura libidinosa para cumplir un desarrollo normal: debe abandonar a su madre por su padre, desplazar la mayor parte de la excitabilidad del clítoris hacia la vagina y transformar sus fines sexuales activos en pasivos. Su primera relación amorosa con la madre es clave para su capacidad de identificarse con ella más tarde.

Sin embargo, según afirma Bleichmar (1998), Freud había tenido pocas oportunidades de observar la sexualidad de las niñas, y realizó gran parte de sus afirmaciones tomando como punto de referencia el modelo del niño-varón (en especial, del caso Juanito). La constitución del psiquismo femenino fue concebida para Freud como reproducción, desviación o déficit del patrón masculino; atribuyó a este último un carácter normativo y así repitió el imaginario de la concepción de la mujer como derivado del hombre (Adán y Eva).

Entonces, Bleichmar (1998) se ve impulsada a *desinvisibilizar* la feminidad de la niña; adopta, entonces, el concepto de *género* (previamente importado al campo del psicoanálisis por Stoller), definido como una “categoría psicoanalítica que se construye a partir de la fantasmática y del deseo del otro que se implanta instituyendo el yo del sujeto”, que permite al sujeto construir su identidad femenina/masculina de acuerdo con los formatos preestablecidos, preexistentes, de la estructura social y de su experiencia con ellos.

Adicionalmente, plantea Bleichmar (1998) que si las niñas hubieran sentido envidia del pene, como todos los niños y niñas del mundo la experimentan hacia lo que poseen los otros de la misma edad, se trataría de envidia de los poderes que la posesión de un pene otorga: orinar de pie, vestimenta que permite una facilidad de acceso y de descarga, y mayor capacidad lúdica con la dirección del chorro de orina; se trataría de la envidia de un atributo, porque es controlado y porque permite un uso exhibicionista e instrumental.

Estas diferencias anatómicas tienen consecuencias psíquicas indudables, que ponen a la niña en un conflicto entre el yo corporal y el yo representación de sí misma. A estas experiencias se las denomina envidia del pene, y surgen aun antes de que los niños y las niñas le atribuyan una función sexual y reproductora. La cultura femenina y la masculina difieren diametralmente en sus costumbres uretrales y anales.

La relación con la madre

*¿Qué no haría yo por ti?, hasta tetero sería...
con pétalos te bañaría, con besos te envolvería,
te cobijaría, las cagadas te limpiaría...
incluso te castigaría.*

Andrea Echeverry

El artículo escrito por Blasam (2000) describe la experiencia subjetiva de internalización de la propia madre, a través del mundo interno de la hija cuando ésta se vuelve madre. Son tres casos de mujeres en fases diferentes del ciclo de su maternidad, a través de los cuales se demuestran modos distintos de registro y expresión de la propia madre internalizada.

A través de su artículo, la autora afirma que sólo cuando la mujer se convierte en madre es cuando puede vivenciar el impacto total de la propia. Al reconocer en el bebé al mejor de los bebés, se reconoce en su madre a la mejor de las madres: “su majestad el bebé tiene una reina del reino”; lo anterior ocurre desconociendo a la propia madre; es decir, sin importar que ésta sea apenas buena, como suelen ser la mayoría: “yo soy la mejor madre así la mía sea apenas buena”.

Al respecto, Freud (1914) plantea en *Introducción al narcisismo* que la actitud cariñosa de los padres respecto a los hijos es la equivalencia, implica la revivencia y reproducción del propio narcisismo ya abandonado. Se niegan los defectos y se atribuyen las perfecciones; las limitaciones desaparecen. En los hijos se hace posible la inmortalidad del yo, pues el yo ahora se refugia en el niño: el amor parental equivale a la resurrección del narcisismo de los padres.

La relación con el bebé

*“Quiero quedarme así para siempre, tan juntos
que ni aire ni luz entren, como siameses.
Si te apartas me matas, como una araña,
un solo cuerpo y ocho patas”.*

Andrea Echeverry

Durante el último periodo del embarazo y el primer tiempo después del parto, la madre y el bebé, según Abadi (1996), comparten ciertas experiencias; estas favorecen la identificación de la madre con el bebé y les permiten a ambos compartir una “experiencia de mutualidad”; por esto, la madre se ve favorecida para cumplir esta función, ya que sus vivencias corporales y emocionales la hacen experimentar una continuidad y una conexión con la vida de su bebé.

Para Winnicott, la experiencia del propio nacimiento e infancia, si bien reprimidos, son parte de la madre y aportan su cualidad al cuidado materno, a partir de las propias experiencias, y el deseo de la maternidad desarrolla en la mujer la capacidad de crear en la fantasía un hijo vivo (Abadi, 1996).

El concepto de la preocupación maternal primaria fue utilizado por Winnicott (1958) para describir el estado psicológico especial en el que se encuentra la madre: durante el primer tiempo de la crianza del bebé son los cuidados corporales y la elaboración imaginativa de la relación con el hijo lo que caracteriza este estado. Y es a partir de una identificación creciente como la madre le brinda sostenimiento emocional y apoyo yoico en la etapa de dependencia absoluta, previa a la integración del yo infantil.

Sólo si la madre se halla sensibilizada tal como acabamos de exponer, podrá ponerse en el lugar del pequeño y, de este modo, satisfacer sus necesidades, las cuales son corporales al principio, pero con el tiempo pasan a ser necesidades del yo, a medida que empieza a existir una relación yoica entre la madre y el pequeño, relación de la que la madre se recupera, y a partir de la cual el niño puede edificar en la madre la idea de una persona (Winnicott, 1958).

Al mismo tiempo, la madre es capaz de preservar al bebé de sus experiencias y sentimientos personales de frustración o enojo tratando

de no ser vengativa; y si algo externo la preocupa, espera a recuperar su equilibrio antes de relacionarse con su hijo, intenta no invadirlo con sus estados de ánimo y ansiedades (Abadi, 1996).

METODOLOGÍA

Se utilizó un diseño descriptivo de carácter exploratorio, con el fin de establecer los cambios psíquicos que produce la experiencia de la maternidad en la mujer, donde se tendrán en cuenta las explicitaciones conceptuales realizadas en el marco teórico, para que, en contraste con la experiencia clínica obtenida, sea factible establecer un análisis de orden psicoanalítico; para tal efecto, se ha elegido el método de análisis de casos.

Se utilizó como técnica la entrevista individual semidirigida, por considerar que es una forma fidedigna de abordar el material dinámico que se propuso explorar en esta investigación. Se trabajó con un grupo de cuatro mujeres de clase media-alta y alta, menores de 30 años, madres primerizas con hijos de máximo 2 años de edad.

Los sujetos de investigación hicieron parte de una muestra conocida por las investigadoras con el objetivo de posibilitar el establecimiento de condiciones de *rapport* que facilitaran la obtención de la información; era importante que existiera, entre investigador y participante, una relación de simpatía y cordialidad. Otro de los instrumentos de registro utilizados fue la grabadora, la cual permitió conservar fielmente cada una de las entrevistas semiestructuradas que se realizaron.

RESULTADOS

Análisis de la entrevista a Virginia

*De Virgo, Virginia, Virgen,
en honor de Isabel I de Inglaterra,
de sobrenombre la reina virgen.*

T. Gutiérrez

Virginia es una mujer de 30 años, proveniente de una pequeña ciudad de Boyacá, regida por unos padres tradicionalistas y autoritarios, y muy permeada por fuertes lazos con la religión católica; especialmente

con Dios, quien representa la imagen del padre. Virginia agradece al trabajo y esfuerzo de sus padres la oportunidad de estudiar psicología en una universidad prestigiosa de Bogotá: “yo viví una vida como de “tengo que responderles a mis papás”... yo tenía que pensar cómo retribuirles...”.

A los 11 años Virginia tiene su primer novio: “De novios duramos 12 años. Todo mi desarrollo, mi vida, todo, como que ha estado alrededor del *tema* de esa relación con Vicente”. Y es él con quién ha compartido su vida hasta la actualidad. Se refiere a esta relación de forma ambivalente: por un lado, evolución y crecimiento; y por otro, culpa y remordimiento por la sexualidad: “... pero ya como a los 15 años míos ya entramos en un *tema* como de mayor compromiso”. Virginia evidencia una clara dificultad para nombrar su sexualidad refiriéndose a ella de forma recurrente a través de la palabra “tema”: “digamos que ese es un *tema* que siempre a mí me ha...como que me pesa mucho”.

La relación con sus padres se hace más tensionante a medida que su noviazgo con Vicente avanza; en especial, cuando Virginia se traslada a Bogotá y empieza a tener un mediano control sobre su vida y decisiones: “Ahora sí que tenía mucha más libertad para hacer las cosas”.

Lo anterior parece evidenciar en los padres un afán por proteger la virginidad de Virginia, la cual, a medida que avanzaba la relación con Vicente, se ponía en riesgo. Hasta el momento, Virginia asume, por un lado, un rol pasivo frente a las solicitudes y exigencias de sus padres y de su novio; pero, por otro lado, activamente satisface sus necesidades trasgrediendo la norma impuesta por sus padres, aunque sin dejar de hacerles creer que la cumplía.

A raíz del matrimonio se evidencia en Virginia un importante cambio que atraviesa muchos aspectos de su vida; es a partir de este momento cuando toma el control total y se encarga de imponerse a sí misma límites y establecer un orden cronológico sobre sus planes, que cumple a cabalidad, lo cual evidencia la internalización de ese superyó punitivo y castigador de la infancia: “Yo hice la especialización pensando en que... entonces, la hice rápido, habíamos viajado... hicimos un *tour* por Europa...”. En cuanto a la “...vida sexual se acelera al 100 ya casado; entonces ya la cama es doble, entonces, en mi caso, se habla mucho más del *tema*...”. Tal como lo hace también durante el relato, pues ésta es la primera y única oportunidad en que le da nombre al “tema”.

En el relato de Virginia se observa cómo el ritual del matrimonio establece un corte en la relación con sus padres, donde parece que se libera de tener que cumplirles con resultados y esconderles esa sexualidad que la hacía sentir culpable: “Con casarme... hmmm... yo no sé; uno pierde ese lazo de querer responderle a unos padres... como que se cortó en ese momento... empiezo una nueva etapa de mi vida, que es para mí”.

Con su madre, la sensación que produce el relato es que de repente existe, y es mágicamente accesible: “Ya empiezas a tenerla más de amiga... ya ambas estamos casadas; mi mamá también es muy joven”.

Dicho cambio nos hace pensar que esa hija-primeriza-rival, constituía para la madre una amenaza, porque podía acceder a su esposo; pero una vez Virginia se casa y es entregada por su padre a otro hombre, la madre le permite acceder a una relación madre-hija y aceptar su sexualidad: “La comunicación, digamos, cambió un montón: yo antes no le podía contar todo a mi mamá”.

El objeto de amor elegido por Virginia pasa a ser realmente Vicente en el momento en que deciden irse del país; antes ella parecía estar en el trance entre sus padres, ella misma y Vicente: “Se rompe mucho más el tema de los papás; sin dejar de ser importantes, Vicente es la persona con la que yo quiero seguir adelante”.

En cuanto a los hijos, Virginia se ocupa tanto de evitarlos a lo largo de su noviazgo y vida matrimonial que lo vivencia como una agresión hacia ellos y manifiesta un alto grado de culpabilidad frente a la posibilidad de ser madre. Virginia evidencia un mecanismo de negación frente a las diferentes pruebas de embarazo con resultado positivo: “Y me hice la primera prueba... ¿Qué tal que esté mal? Me hice una segunda, y... otra vez ¡Pum! ¡Positiva!”. Esta culpabilidad continúa cuando se entera de su embarazo gemelar, el cual concibe como “un embarazo de enfermedad”, lo que también se ve reflejado en sus temores a lo largo del embarazo respecto a sus bebés: “Digamos que estuvo como el temor de tener un bebé... o sea, con un retraso, con una malformación”.

La culpabilidad de Virginia se extiende aun al momento de alimentar a sus bebés, pues expresa su sensación de impotencia y deficiencia a la hora de nutrirlos: “Como eran tan chiquitos, después de lactar tenía que

darles leche de tarro; yo ahí, sudando y desgastándome, y pasaban Vicente y mi mamá a complementar”.

En su relato Virginia identifica tres momentos en su embarazo: el primero, de una duración aproximada de tres meses “horribles”, donde sentía que “no tenía ganas ni de ver ni de mirar a nadie”. El segundo está enmarcado por la reactivación del “tema”, pero con culpabilidad: “No hacer nada brusco, o porque uno siente que, de pronto, hace daño”. Y el tercer momento, es decir, los últimos tres meses, que son para ella los de mayor deseo sexual, donde se muestra más como sujeto que desea que como objeto deseado.

Su malestar empeora con el parto: “heridas”, “dolor”, “preocupación” y “separación” son sus referentes; la madre reaparece en el discurso enseñándole a Virginia su experiencia: “Para mí, la mamá es lo más útil, te aconseja, te dice: “Mira, hazlo así” o “No, hazlo de esta forma””.

Una vez pasa este mes inicial después del parto, Virginia, empieza a vivir su maternidad de una forma más tranquila y menos culposa; parece como si con este sufrimiento hubiera sanado muchas de sus culpas iniciales por el no-deseo de estos bebés; tanto, que llega a afirmar: “Pensaba, exageradamente, que con un hijo uno no podía hacer nada en la vida, y resulta que tengo dos hijos y sigo haciendo más o menos lo mismo: ofreciéndoles a ellos lo que quiero darles: tiempo, calidad y cantidad”.

Análisis de la entrevista a Lucía

Resplandeciente.

Lucía es una mujer de origen sincelejano, educada en un ambiente muy fresco, tranquilo y despreocupado, en un hogar de un mediano nivel socioeconómico, con “relaciones muy sanas con toda mi familia”. La relación más nombrada y recordada es la que ha construido con su padre: “Íbamos a paseos juntos, pescábamos... era un papá muy especial, y conmigo, más”; ella la evoca con idealización evidente; en cuanto a la relación con la madre, parece difícil de nombrar para Lucía, y cuando lo logra lo hace de forma despectiva y con rabia: “Cuando yo estoy brava y quiero insultar a alguien, prefiero llamar a mi mamá...”.

Lucía, durante su adolescencia en Sincelejo, a pesar de que *lucía* y aún luce muy bonita, no tuvo pareja, pues demeritaba a aquellos que la

querían lucir: “Todos me mandaban flores, se morían por mí, vivían pendientes; esos no eran”. La única pareja que nombra además de su actual esposo es a un “novio perfecto”, al cual, contradictoriamente, se refiere diciendo: “Siempre creí que estaba más enamorada de él que él de mí”.

Curiosamente, la elección de objeto de Lucía es exactamente esa que ella había evitado tantas veces: “Con mi esposo me pasó algo muy particular: es la primera vez en mi vida que yo me enamoro de un hombre que se muere por mí”. Un hombre entregado, detallista “intenso”, “regalado”, descripción que nos remite a ese padre que “siempre estuvo como ahí; era un papá muy especial, y conmigo, más”, y nos lleva a suponer que la elección de objeto de amor de Lucía se mantuvo, pues a pesar de ser personas distintas, ambas representan una figura que protege, mantiene, cuida, aguanta: “Yo creo que [sintió] demasiado amor; hicieron que él [su esposo] se aguantara todo eso con la paciencia que se lo aguantó”; además, Federico es un hombre aproximadamente 10 años mayor que ella, muy estable económicamente, independiente, fiel, entre otros.

Así mismo, Lucía parece protegerse de serle infiel a su padre, pues cuando inicia su vida sexual lo hace poco antes de casarse y con un hombre parecido a su figura paterna, lo cual, evidentemente, disminuye su culpa y sentimientos de infidelidad. Este comienzo de su sexualidad es descrito con tranquilidad por Lucía; reporta un mayor deseo y frecuencia al comienzo, y una mayor calidad con el paso del tiempo: “Yo pensaría que, más que antes o después de casados, es la sexualidad en el tiempo”.

A pesar de que “Yo decía que me casaba como a los 30”, termina: “yo me casé muy jovencita apenas de 21”. De la misma forma, Lucía cancela sus planes de ser reina de belleza, aplaza su carrera universitaria, se aleja de su familia; es esta última renuncia la única que parece generarle sentimientos de culpa a lo largo del relato: “Sí siento que me he alejado más de mi familia, y eso dice mi familia”.

Olvidando sus sueños y proyectos, Lucía se dedica a cumplir los deseos de Federico: “Él me dijo: “Viajemos juntos, estemos juntos”; y así fue... pasamos delicioso, y fuimos y vinimos y viajamos”. Y es a los 2 años cuando Lucía expresa un “sentimiento de inutilidad”, seguido del deseo de tener un hijo, lo cual nos lleva a pensar que dicho deseo estaba ligado al de sentirse útil.

Efectivamente, es a partir del momento en que comienza a construirse una Lucía madre cuando se enriquece el relato en detalles, contenido y descripciones, así como también comienza a referirse a sí misma como sujeto individual, con ideas y sueños propios a los que es imposible renunciar: "... yo no sé si solamente a mí... pero yo no hubiera querido...".

Lucía vive el embarazo siendo el centro de atención y cuidado; es una época donde ella atribuye mucho significado a lo material: "Te *apegas* más a las cosas que al bebé, te *pegas* más a la ropita, a la compra del coche...".

A lo largo del relato se evidencia la manera como, cuando Luciana nace, ésta abre en Lucía un espacio emocional que antes no existía, y que le permite asegurarse de que su hija es un objeto al que no puede renunciar, del que no se puede "despegar", el cual es un término que, junto con "pegar", se repite recurrentemente en dos momentos del relato: cuando se refiere a su familia y ahora, cuando habla de su hija.

Llama la atención la detallada descripción de Lucía respecto al parto, el cual comienza: "Me levanté a las 6:00 a. m., a hacerme el *blower*, porque necesitaba verme linda para las fotos de Luciana...". Pero termina con una descripción en la que Lucía se permite nombrar aspectos sucios y no estéticamente perfectos ni adornados como ella, pero igualmente aceptados y lucidos por Lucía: "Pero cuando la entregan... ¿Qué es eso? Toda sucia, y tú no sabes si cogerla o no cogerla".

Así mismo ocurre en la relación con su madre, puesto que es en este momento, cuando Lucía ya es madre, cuando puede referirse a ésta con la rabia y hostilidad que parece haberle tenido desde pequeña: "Mi mamá no se acuerda, no tiene ni idea... además, el álbum mío se perdió".

Esto tuvo como resultado que Lucía, en vez de acercarse a su mamá para aprender dicho rol, buscara ser con Luciana lo contrario de lo que su mamá fue con ella, y que encontrara en su abuelita una figura que le permite identificarse: "Yo tengo a mí abuelita, que yo quiero; entonces, para mí, cualquier duda que he tenido, ella recuerda cuánto pesé cuándo nací".

Su sexualidad se modifica con el embarazo, pues temen hacerle daño al bebé; y cuando reanudan su sexualidad ésta sufre algunos cambios, oca-

sionados por el cansancio y desgaste físico producto de la lactancia. Esta última es vivida por Lucía con mucha tranquilidad: no refiere dificultades, sino, por el contrario: “Luciana succionó perfecto, mis pezones fueron supergrandes, me dieron buena leche”.

Adicionalmente, llama la atención la descripción que hace Lucía sobre su rol de madre, en la que es capaz de nombrar no sólo lo que hace de forma espontánea y “bien vista”, sino también aquello innombrable o mal visto: “¿Qué hacías mientras la lactabas?” “Consentirla y hablar por celular”; “Un día fue tanto que le dejé la cara metida en el agua y no me di cuenta, la hubiera podido ahogar”.

Con Federico, siendo padres, la relación: “es más bonita, más sólida; los dos andamos en lo mismo... es todo más bonito. Definitivamente, la relación ha crecido”.

Análisis de la entrevista a Magdalena

Magdalena es el gentilicio de la ciudad de Magdala, en Galilea, de donde era María, la mujer pecadora arrepentida ante Jesús, que, según la tradición cristiana, lavó los pies de Jesús con sus lágrimas y los secó con sus cabellos; de ahí procede el dicho popular “llora como una Magdalena”.

Magdalena, una mujer de origen venezolano que creció en Bogotá y actualmente vive en Miami, inicialmente describe la relación con su madre como conflictiva: “De chiquita yo me acuerdo que era fea”; al hablar de su padre, declara: “Yo fui apegada a mi papá... él tendía a tratar de ser más importante que mi mamá”. Y respecto a sus hermanos mellizos, 6 años menores, ellos parecen ser el origen de su necesidad de proteger su espacio y sus objetos: “Yo soy muy reservada en mis cosas; no me gusta que me cojan mis cosas, que me invadan como mi espacio”.

En lo que refiere a la educación, Magdalena afirma que sus padres eligieron un colegio que les evitara la incómoda labor de hablarle sobre “eso”; es decir, sobre sexo: “Yo con mis papás nunca hablé de relaciones sexuales, ni nada por el estilo”.

Magdalena gozó y goza de una situación económica de oportunidades, pero sin expresar ningún goce real frente a estas. Por el contrario, Magdalena, a lo largo del relato, “llora y llora” como una magdalena cada vez que se ve enfrentada a situaciones que la hacen sentir medianamente frustrada: “Entonces lloraba, lloraba, y lloraba... acostada en mi cuarto lloré, lloré, lloré”. Estas reacciones de Magdalena contrastan con su tendencia a programar y planear: “en las proyecciones que yo hacía...”, a pesar de lo cual planes tan importantes como los de tener un hijo ocurren sin ser programados.

Al referirse a sus relaciones de pareja, llama la atención que en los tres noviazgos que menciona se repiten patrones determinantes del funcionamiento de Magdalena: primero, siempre la mamá de su pareja representa a una rival: “Yo sentía que mi suegra me quitaba mi privilegio de tener a mi marido”; y tiene la sensación de que es cambiada o engañada con otra mujer: “Él con su mejor amiga como que tuvo un cuento... me terminó”.

Esto parece pasarle también a Magdalena, pues, aunque sin darse cuenta, inmediatamente remplaza una pareja con otra: “Pues llamó el portero [y dijo] que llegó Judas; yo abrí la puerta, y no: fue Jesús”. El segundo patrón repetitivo es su tendencia inicial a idealizar a su pareja, para luego denigrarla: “Al principio era chévere; después empezó a ser una relación muy tormentosa”. Como tercer aspecto encontramos que existe en Magdalena un deseo por ocupar un rol pasivo dentro de la relación: “A mí me gusta es que mi pareja me lleve, me cuide; que mi pareja sea quien tiene la visión y yo lo siga”, lo cual es llevado al acto transformado en lo contrario; es decir, ocupando un rol activo donde es ella quien lleva, quien cuida, quien empuja: “Por más que yo tenga muchas ideas, pero me gusta más que me empuje, o hacerme que me empuje”.

En cuanto a la sexualidad, se evidencia en el relato de Magdalena una clara e importante dificultad para hablar de ella refiriéndose a “eso”; adicionalmente, logra evadirla, a pesar de que es uno de los ejes centrales de la entrevista.

Es de Jesús de quien, después de 2 años de noviazgo, Magdalena queda embarazada, lo cual evidencia cierto deseo inconsciente de hacerlo, oculto tras: primero, un mal pronóstico respecto a su fertilidad y su deseo

de superarlo: “Usted no va a poder tener hijos, usted va a tener que meterse en algún tratamiento”; y segundo, un deseo de tener un hombre que permanezca y que, como el padre, proteja, cuide, empuje: “Voy a tener un hijo tuyo; entonces, ahora sí, te vas a casar conmigo”.

Este deseo está acompañado de esa dificultad que tiene Magdalena para sentir en su cuerpo las sensaciones tanto emocionales como físicas, y por esto busca tener siempre a otro que sienta y desee por ella, lo que se evidencia, por un lado, que la entrevista de Magdalena gira casi exclusivamente alrededor de sus relaciones de pareja, y, por otro, la manera como nombra sus sensaciones y sentimientos a través de los demás: “Cuando lo del embarazo, él sabía que yo estaba embarazada... y empezó a sentir las cosas del embarazo en vez de mí; o sea... yo no sentí nada y él lo sentía todo...”.

Sin embargo, a pesar de que este parece su deseo inconsciente, no podía aceptarlo conscientemente y debía ocultarlo a sí misma y a los demás: “Pero como tampoco era el momento de querer tener hijos...”.

Pero una vez Magdalena y Jesús asumen el embarazo, ella entra en una fase inicial de negación: “Fui al supermercado y lo recorrí, y no encontré [una prueba]; uno siempre los ve, y ese día no encontré”, seguida de un intento inconsciente por interrumpir ese embarazo con exceso de trabajo, mala alimentación y poniendo en riesgo su salud y la del bebé: “No hacía más ejercicio y no comía mejor era por estar trabajando”, todo lo cual evidencia la culpa generada por su deseo inconsciente de embarazarse.

Así mismo, vive de forma angustiada muchas etapas de esta experiencia, por las diferentes circunstancias que cada una conllevaba; en los primeros meses la angustia de contarles a los demás, luego los cambios corporales, y hacia el final aparecen temores intensos de que el bebé se muera, lo que nos lleva a pensar en las fantasías de Magdalena sobre un bebé fruto del incesto, y nos remite a la forma como ella describe el momento en el que su padre se da cuenta de su embarazo: “Comí *papa-ya* y salí; íbamos en carretera con mi papá, y llegué y empecé a vomitar... y mi papá se dio cuenta”.

Es un huracán a los cinco meses de embarazo el motivo por el cual Magdalena decide irse a vivir con Jesús: “Se vino el huracán y dije:

“yo ya tengo que salir””; pero parece que es sólo hasta cuando su padre reconoce orgullosamente que va ser abuelo el momento en el cual ella lo reconoce también: “Él aceptaba que yo estaba embarazada; todo el mundo lo acepta”.

En el momento del parto Magdalena reaccionó con indiferencia y desinterés: “Llegó el doctor y empezó a gritar: “¡Ya pujen!”; y me despertó, obviamente, asustada; entonces... yo le decía al tipo: “Déjeme dormir otro rato””.

Una vez nace Sophie, Magdalena introduce a su madre en el relato empezando por decir que es a ella, y no a Jesús, a la primera persona a quien llama; también es quien la acompaña durante los primeros días de nacida Sophie y durante la lactancia, de la cual afirma que fue un éxito, a pesar de que, ambivalentemente, se nota dolorosa e incómoda en su descripción: “Me salió perfecto; al principio me dolía demasiado, me salía sangre y todo me quemaba mucho, me dolía mucho”.

De su sexualidad afirma: “Yo no me siento tan apasionada como antes”, aunque sólo parece haberlo sido en su relación con Judas, pues desde cuando describe a Jesús es cuando aparecen obstáculos que siempre impiden el buen funcionamiento sexual de la pareja: embarazo, suegros que se meten, desarreglo hormonal, entre otros; y frente a ellos, pasivamente, Magdalena recibe y se acomoda ante su propia dificultad de sentir, mencionada con anterioridad.

Es así como esta protagonista que llora como una Magdalena proyecta en su relato la monotonía y tristeza con las que vive su cotidianidad, en busca de motivos y deseos nuevos que abran un espacio emocional en su vida y permanezcan.

Análisis de la entrevista a Victoria

Vencedora.

La belleza, estilo y elegancia describen a esta mujer caleña, de 30 años, médica, que se traslada de ciudad buscando realizar sus deseos. Victoria describe un hogar ejemplar, guiado por principios católicos, donde ella ocupa el lugar del medio y es la única mujer; al hablar de su familia ma-

nifiesta el equilibrio que representan sus figuras parentales: “Mi mamá es una persona como explosiva y mi papá era el balance, pues, de la familia”.

Su relación con el padre es descrita como de amigos: “Siempre pude hablar con él de muchas cosas”. La mamá es inicialmente enunciada como controladora: “Mi mamá, mamá al fin y al cabo, un poquito controladora”, a pesar de lo cual la menciona constantemente como una figura amorosa e imprescindible; menciona a sus hermanos de forma recurrente en el relato, lo cual demuestra la integración física y mental que Victoria tiene de su núcleo familiar: “Me encantó vivir con mis hermanos”.

Victoria habla fluidamente de sus relaciones de pareja, las cuales comienzan a los 17 años con un “drogadicto”, relación que ella define como “un desastre completo”. Es aquí donde comienza su sexualidad: “Mal; o sea, total oscuridad, que no se podía ver ni el dedo”, en una relación donde ella, al rescatar la inteligencia y la sensibilidad de su pareja, quiso tratar de ayudarlo.

De su segunda pareja reporta una relación más responsable y madura: “Pensaba que podía llegar a ser mi esposo”; una relación donde, al vivir ella sola, hubo cabida a una sexualidad “más placentera, más libre; me sentía... ya puede verse el uno al otro”.

La tercera relación duró 2 años, y en ésta reporta un real enamoramiento y un real sufrimiento: “La parte de la sexualidad al comienzo muy buena; al final ya como que la descuidé porque ya no sentía el mismo placer”.

Es claro cómo cada una de estas relaciones cambia según el momento de la vida que ella atraviesa; se evidencia una búsqueda victoriosa de Victoria por un espacio tranquilo y cómodo; así mismo, se ve cómo ella puede reconocer de forma integrada los aspectos buenos y malos de cada una de sus relaciones y experiencias.

Felipe, su actual esposo y padre de su hija, aparece en el relato cuando Victoria está superando la tristeza de su antiguo noviazgo, y ocho meses después deciden casarse, muy guiada ella por el deseo de seguir el ejemplo de sus padres y los designios de la Iglesia: “Yo me caso porque yo creo en el matrimonio...”.

Con su madre, quien parecía protegerle afanosamente la sexualidad, con una evidente dificultad para hablarle sobre eso y con un deseo claro de controlarla, a pesar de la edad de Virginia y la distancia física entre ellas, manifiesta un cambio radical en el paso del noviazgo al matrimonio, pues una vez Victoria se casa "... de ahí mejora la relación con mi mamá; o sea, eso jarto, esa parte dominante y esa cosa...".

En cuanto a la sexualidad, Victoria afirma de Felipe: "Es la mejor pareja que he tenido toda la vida; impresionante", de lo cual reporta no tener ningún cambio con el matrimonio: "No, fue de un momento a otro, ¡pum!; o sea, desde antes del matrimonio".

Ella reconoce que su deseo sexual aumentó con el embarazo: "Las hormonas se me alborotaron, tenía más ganas cada vez; qué locura". Y es en la luna de miel, llevados por el deseo, cuando impulsivamente y corriendo el riesgo, Victoria y Felipe conciben a Alicia: "Yo le dije: "No puedo hacer nada: no hay un condón", y él me dijo: "No, me importa cinco, ¡qué carajo!", y ¡pum!, preciso...".

Al relatar el momento en que se entera del embarazo, Victoria evidencia cierta ambivalencia hacia la opción, más que de tener un hijo, de que fuera en ese momento en el que habían vivido poco su matrimonio: "Feliz. Siempre he querido tener hijos, siempre, siempre; no importa el momento. En ese momento no lo quería, pero si venía, era el riesgo que corría, que tomaba; no es ningún riesgo, sino una sorpresa super chévere".

La negación es la respuesta inicial tanto de Victoria como de Felipe: "Le dije a Felipe: "Creo que estoy embarazada". "¿Cómo?"; se fue por una prueba, trajo 5, me las hizo probar todas". Pero está seguida por una sensación placentera, donde ella se siente el "centro de todo el mundo".

La madre retoma el rol protector: "Otra vez se vuelve... no puede manejar, ¿cómo va a trabajar?...". En general, Victoria tuvo un embarazo tranquilo y sin muchos síntomas, a pesar del diagnóstico de papiloma y de las continuas cauterizaciones que este requirió.

Alicia nace por cesárea, debido, como primera medida, al diagnóstico en mención, y al deseo de Victoria de evitar todo aquello desagradable que ella, como médico, había observado en los partos naturales y que

deseaba evitarle a su hija: “¿Que el bebé saliera por ahí, en medio de todo ese mugre?, no sé...”.

Victoria reconoce un dolor importante, en especial producido por la lactancia, la cual es vivida angustiosamente, debido a las complicaciones que se presentaron, lo que lleva a que Victoria describa el parto y el postparto como una desgracia: “No sé; por más médica que hubiera sido, y cuántas veces no enseñé lactancia, ¡era mamá!”. Esta lucha lleva a Victoria, después de una semana, a desistir de continuar con la lactancia: “Fue un descanso, fue un alivio... uno se da cuenta de que, ¡carajo!, ¿uno por qué se va a sentir culpable porque no le da?”.

El mejor refugio de Victoria para poder enfrentar las dificultades generadas en el postparto fue su madre, lo cual evidencia un mecanismo de regresión, por medio del cual ella se protege a sí misma para proteger a su bebé, ya que, al ser su madre quien las cuida, Victoria puede tener la certeza de que mejorará por ese soporte materno, y así contendrá a su propia hija: “A mí me da una mamitis que a mí nunca en la vida me había dado”.

A lo largo del relato se siente como Victoria disfruta plenamente de su vida de pareja con Felipe, y es en este momento, al encontrarse retomando su vida cotidiana después de estrenarse en la maternidad, cuando se evidencia, por primera y única vez, el conflicto en el discurso de Victoria; parece que actualmente se encuentra en la tarea de recuperar esos espacios de pareja que han sido ocupados por Alicia: “Yo tenía claro que no podía descuidar la pareja, que un hijo tiene que adaptarse a uno...”.

Llevados por esta necesidad de reencontrarse el uno al otro, Victoria y Felipe piensan en una posibilidad: “Con Felipe queremos tener una vida de pareja; como que a veces somos un poquito egoístas en ese sentido, porque queremos tener nosotros más tiempo para nosotros y que los hijos no se vuelvan...”.

Discusión y conclusiones

Virginia, Lucía, Magdalena y Victoria. Cuatro historias de madres primerizas, jóvenes, educadas, miembros de familias unidas, pero, curiosamente, oriundas de diferentes culturas, variable que resultó determinante en las similitudes encontradas entre Virginia y Magdalena, naturales del interior, y entre Lucía y Victoria, de sectores más tropicales y frescos, pues

esto se reflejó en la forma como se realizaron las entrevistas, el ambiente en el que se hicieron y la actitud de las entrevistadas.

En los cuatro casos encontramos una tendencia de las reinas-madres a negar los acontecimientos de su vida anteriores al matrimonio y la maternidad que pudieran poner en riesgo su integridad ética y moral, y, por lo tanto, impedirles que sean el eje central perfecto para dar a luz a un "su majestad, el bebé" (Blasam, 2000).

Esto se evidencia primero en la dificultad que todas tienen para empezar a contar su historia desde antes de su pareja actual: "Yo empiezo desde que... tal vez desde que me casé", y, en segundo lugar, en la tendencia a mostrarse a sí mismas como mujeres "perfectas" y aptas para ser esposas y madres ejemplares. Esto también se evidencia en la dificultad observada en la mayoría al referirse a su vida sexual; la tendencia es a pretender que ésta se inició con el padre de su hijo, lo cual también parece estar muy ligado a la culpa superyoica interiorizada, o a la vivencia edípica.

En dos de los casos, Lucía y Magdalena, es claro que el conflicto edípico juega un papel importante a la hora de elegir a su objeto de deseo. En el primero Lucía hace un cambio no muy brusco entre su padre y su pareja para disminuir la culpa que le produce la infidelidad que representa este cambio de objeto, y en el segundo Magdalena parece no haber completado este trance entre su padre y su marido, debido, posiblemente, a que no se ha llevado a cabo el ritual del matrimonio, y a que ella conserva la fantasía inconsciente de haber tenido un hijo fruto del incesto "Comí *papa-ya* y salí; íbamos en carretera con mi papá... y mi papá se dio cuenta" (Langer, 1964, Prado, 2005).

Este cambio obligado del objeto-padre al objeto-esposo se ve claramente cuando, en los casos de Lucía, Virginia y Victoria, ellas se casan y mágicamente decatectizan a su familia de origen, e inmediatamente desplazan dicha carga libidinal en su esposo, la cual se termina de traspasar en el momento en que conciben un hijo.

El objeto-madre tiende a percibirse como malo al principio de los relatos, cuando las hijas aún juegan el papel de rivales de la madre; una vez eligen su propio esposo, un objeto diferente del elegido por su madre (padre), y una vez asumen el rol de esposas, cambia la relación madre-hija, donde la madre le permite a la hija tener derecho a una vida sexual que antes le resultaba amenazante.

Estos casos grafican el conflicto edípico planteado por Freud (1914). Es a través de la maternidad como esta relación toma un nuevo giro, donde la necesidad de la hija de ser protegida por su madre obliga a ésta a asumir dos roles: el de protectora y el de trasmisora de la experiencia, lo cual evidencia el concepto de doble identificación propuesto por Deutsch (1947), citada por Langer (1964).

A diferencia de estos casos, y siguiendo el planteamiento de Benedek (1959), citado por Blasam (2000), Lucía y Magdalena denigran a la madre para poder simbiotizarse con su hijo utilizando el mecanismo de esquizoídenia; es decir, que no toleran esa doble identificación “tengo una mamá que es bastante especial; es divina, yo la amo, pero es *ella*; entonces, ella se pone furiosa porque yo no confío en ella”.

En tres de los cuatro casos se observa una tendencia a negar el embarazo; durante este encontramos dos características que se repiten: por un lado, Lucía y Victoria expresan claramente la manera como el embarazo las ubica en una posición que describen como “ser el centro del mundo”, tal como lo describen Rojas y Torres (2000); y, por otro, se observa en la totalidad de los casos una tendencia a temer el nacimiento de un bebé monstruo, que se racionaliza, tal como lo describe Almond (1998) en el miedo a concebir un bebé incompleto o defectuoso físicamente.

Al momento del parto todas evitaron hacerlo de forma natural; Lucía y Magdalena priorizan el sueño, y los otros dos casos tienen sus hijos a través de cesáreas programadas. Ello no encuentra ningún soporte teórico, pero nos hace pensar que estas mujeres intentan evitar o aplazar el rol de madres que están próximas a asumir, y que temen no poder cumplir debidamente, tal como lo expone Langer (1964) al afirmar que las mujeres cada vez se muestran más incapaces de asumir los roles que implica la maternidad, pues estos parecen ser opuestos a los de la mujer moderna.

Lo anterior se repite y confirma en la lactancia, momento en el cual en dos de los casos se presentan dificultades que llevan a las madres a optar por abandonar esta labor, pero sólo en una de ellas genera culpa, pues la otra asume esta renuncia en beneficio propio, donde la lactancia es, según Rojas y Torres (2000), una opción, mas no una obligación.

Existe, además, una dificultad de las madres para reconocer los aspectos desagradables de la lactancia, pues en ésta parecen ponerse a prueba el cariño y dedicación de la madre hacia su hijo; es decir, su capacidad nutricia.

Es de esta manera como finalmente, y haciendo un recuento del análisis de los relatos de Virginia, Lucía, Magdalena y Victoria, sentimos cómo en el discurso se manifiesta transferencialmente el afecto vinculado al momento de la vida que iban relatando, y que nosotros íbamos leyendo y actuando a medida que avanzábamos en cada historia.

REFERENCIAS

- Abadi, S. (1996). *Transiciones. El modelo terapéutico de D. W. Winnicott*. Buenos Aires: Lumen.
- Almond, B. R. (1998). The Monster Within: Mary Shelley's *Frankenstein* and Patient Fears of Childbirth and mothering. *Int. J. Psycho-Anal.*, 79:775-786.
- Benedeck, T., y Rubenstein, B. (1943). El ciclo gonadal y el ciclo emocional. En: *Revista APA*. I: 247-266.
- Blasam, R. (2000). "The mother within the mother". *Journal of Psychoanalytic Quarterly*, 69: 465-492.
- Bleichmar, E. C. (1998). *La sexualidad femenina*. Buenos Aires: Paidós.
- Freud, S. (1914). *Obras Completas*. Biblioteca Nueva. Madrid.
- Langer, M. (1964). *Maternidad y Sexo*. Buenos Aires: Paidós.
- Lester, E., Notman, M. (1998). Pregnancy and Object Relations. *Clinical Considerations*. En: *Psychoanalytic Inquiry*, 8: 196-221.
- Prado, I. (2005). *El dolor humano. Psicoanálisis para desprevenidos*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Rojas, A., Torres, N. (2000). *El desarrollo infantil*. Bogotá: CEJA.
- Winnicott, D. W. (1957). La lactancia natural. En: *Conozca su niño*. Paidós, Buenos Aires.
- (1958). Preocupación maternal primaria. En: *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Paidós, Buenos Aires.

Correspondencia

María Catalina Ardila P.
Calle 85 No. 19A-25, cons. 402A
Bogotá, Colombia
mcardila@gmail.com

Recibido para evaluación: 4 de mayo de 2009

Aprobado para publicación: 25 de mayo de 2009